



Statu del

Ing. P. Flaminio anni 24. in Musei Capitolini, Paris

B. Eyles sc.

LUCRECIA.

No examinaremos aquí si la antigua leyenda de Lucrecia es histórica ó fabulosa, un hecho ó un mito ; no investigaremos si Lucrecia por Sexto violada, es ó no la Libertad de Roma violada por Tarquino. La leyenda es poética, interesante su heroína : tomemos, pues, la una y la otra tales como nos las transmitió el Paduano Tito Livio.

Cuando Tarquino *el Soberbio*, ó el Insolente, subió al trono de Roma, habiánle ya ocupado seis Monarcas, á saber : Rómulo el bandido, Numa el filósofo, Tulio el justiciero, el marcial Anco, el Etrusco Tarquino Prisco, y el esclavo Servio.

Procedente de Grecia, y pasando por la Etruria, aparece en Roma la familia de los *Tarquinos* durante el reinado de Anco Marcio. Demarato, tronco de aquel linage, que desterrado de Corinto se refugió en Tarquinia, enlazóse allí con una dama llamada *Tanaquila*, docta en augurios, ciencia esencialmente etrusca, y hubo en ella dos hijos. Al primogénito llámale Tito Livio *Lucumon*, confundiendo la dignidad con el apellido, ó

mas bien con un nombre propio, porque en aquella primitiva época cada cual llevaba el suyo y muy pocos el de sus ascendientes.

Lucumon Tarquino, pues, significa el Patricio Tarquino, haciéndonos ver que entonces, como ahora, el primogénito era quien llevaba el título en las familias aristocráticas; su menor hermano llamóse simplemente Aruns, y murió muy jóven.

En realidad el apellido mismo de la familia no fué en su origen mas que un apodo personal; pues los Romanos llamaron *Tarquino* al hijo de *Demarato* porque era de Tarquinia procedente, como luego le dieron el sobrenombre de *Prisco*, que vale tanto como el antiguo ó primero, para distinguirlo de su descendiente el *soberbio*, que es de quien vamos exclusivamente á tratar ahora. Antes, sin embargo, habremos de decir dos palabras en cuanto á la manera con que el cetro entró en la tal familia, asunto no extraño, ni mucho menos á nuestra leyenda de *Lucrecia*.

Entraba Lucumon en Roma por vez primera, juntamente con su esposa Tanaquila, en un carro que contenia todo el caudal de entrambos, y pasaban al pié del monte Janículo cuando un águila que en las nubes se cernia, dejándose caer como flechada sobre ellos, hizo presa en el *pileo*, ó gorra característica de su condicion libre, del viagero, volviendo á elevarse súbito, y súbito tambien, como si para ello tuviera de los dioses especial mision, tornando á ponerle en la cabeza de *Tarquino*.

— La corona te anuncia este fausto agüero, » le dijo entonces al oido la sabia Tanaquila; y en efecto, Lucumon por Anco Marcio nombrado tutor de sus hijos, muerto aquel Monarca mandólos á caza cierto dia, y convocando en su ausencia los Comicios hizose por ellos elegir Rey de Roma, adoptando además por suyo y como para consumir la usurpacion al hijo de una prisionera de guerra ó mas bien de una esclava, que en los barbaros tiempos á que nos referimos sinónimas eran las voces é idénticas las condiciones. Briseida no fué mas que la esclava de Aquiles, como Andrómaca la de Pirro.

Inevitable era que los hijos de Anco Marcio procurasen é intentaran vengarse de *Tarquino* que no contento con usurparles el paterno trono, llamaba además á él á un extranjero, á un siervo en resumen.... ¿Porqué

así? Porque tambien para el extranjero siervo tuvo el hado prodigios de predestinacion.

Muy niño aun *Servio* (el esclavo), que tal era el nombre del que despues fué Rey, y durmiendo cierto dia en el palacio, viósele súbito con la frente coronada de una ardiente diadema de encendidas llamas: asombrados y temerosos los áulicos y servidores comenzaron unos á dar voces, y otros con agua se preparaban ya para apagar el sobrenatural incendio, cuando acudiendo Tanaquila no solo se opuso al sacrilego intento, sino que, diciendo á su esposo: « Altos destinos esperan á este niño! » determinóle á que con ella le adoptase por heredero.

Tales fueron los pretextos de que se valió la política de *Tarquino Prisco*, para la adopcion del esclavo *Servio*, y las razones que motivaron de parte de los hijos de Anco Marcio, una conspiracion en la cual veremos retratado muy al vivo el agreste incivilizado carácter de su época.

Ganados por los desposeidos principes, dos pastores, armados el uno de un hacha, y de una azada el otro, traban entre si una acalorada pendencia en el patio del real palacio. — ¡Qué palacio aquel en que dos rústicos pueden penetrar libremente con los instrumentos agrícolas en la mano! — En medio de su contienda los dos apelan en altas voces al Rey, quien saliendo de su cuarto comienza á informarse de la causa de aquella riña, y para enterarse bien de ella, primero les impone silencio á los dos contendientes, luego les ordena que hablen cada cual por su turno. Toma en consecuencia la palabra el de la azada, y mientras el Monarca le escucha atentamente, el del hacha le descarga con ella un tremebundo golpe sobre la cabeza, y dejando el arma en la herida, huye con su cómplice del palacio.

Mas su crimen mismo apartó del trono á los que lo tramaron. *Servio*, como la ardiente auréola lo habia presagiado, sucedió á *Tarquino Prisco*, para morir á su vez como habian muerto Numa, y Anco Marcio el mas popular de los Reyes del primer periodo de la historia de Roma.

Tarquino Prisco dejó dos hijos ó dos nietos, no se sabe á punto fijo si lo uno ó lo otro: pero hijos ó nietos, ambos fueron suplantados por *Servio Tulio*, como los hijos de Anco lo habian sido por su padre ó por su abuelo. *Servio*, mas político ó menos exclusivo que su antecesor, casó con sus dos

hijas, *las dos Tullias*, á los desheredados príncipes, cuyos nombres eran Lucio y Aruns. Este, poco ambicioso, era de afable y pacífico carácter; Lucio, por el contrario, codicioso de poder y riquezas, capaz de todo en el mundo por conquistar uno y otro. Capricho ó cálculo, la suerte quiso que las dos Tullias fueran entre sí tan desemejantes, como los hijos del Prisco: ambiciosa y capaz de todo la una, la otra afable y buena: pero casáronse cada cual con el hombre á sus inclinaciones menos conforme.

A Tarquino el pacífico, tocóle en suerte Tulia la soberbia. A Tulia la bondadosa, Tarquino el insolente.

Pasaron los años, y con ellos iba Servio envejeciendo, mas no se moría, con gran dolor de la soberbia Tulia, no menos mortificada por la tenacidad de la vida de su padre, que por la indiferencia apática con que miraba su esposo el trono. Tarquino el soberbio, sin embargo, no aguardaba con menos impaciencia que su ambiciosa cuñada, la hora del poder y de la riqueza.

Pronto, aunque apartados el uno del otro, se comprendieron aquellos dos perversos corazones: uniólos primero un amor á un tiempo adúltero é incestuoso, y un crimen coronó dignamente la obra que en el vicio criminal comenzara. El pacífico Aruns y la dulce Tulia dejaron de existir simultáneamente casi, y los dos soberbios Tarquino y Tulia desposáronse luego. Sin osar oponerse á ellos, Servio veía y toleraba tales crímenes, tan sacrilega union: pero obstinábase siempre en vivir, que era precisamente lo que ni á su hija ni á su yerno convenía.

Lucio, pues, ya cansado de esperar, penetra un día en el Senado, con una tropa de jóvenes libertinos sus amigos y cómplices, y curándose poco del resto de la asamblea, toma asiento en el trono del anciano Monarca. Advertido este de tal escándalo corre al Senado y desde el vestibulo exclama:

— ¿Qué es eso, Tarquino? ¿Qué audacia es la tuya, para osar viviendo yo, sentarte en mi trono?

Lucio Tarquinio entonces, comprendiendo que es llegada la hora de la suprema desesperada lucha, y que si retrocede un solo paso, es hombre para siempre perdido, sale apresuradamente al encuentro de Servio, le-

vántale en sus brazos á cuanta altura puede, y luego le arroja con fuerza al pié de la escalinata del palacio del Senado, con lo cual y creyendo consumado el crimen, vuelve á entrar tranquilamente en la asamblea para presidirla.

Servio no obstante aun vivía, y levantándose con ayuda de algunos fieles servidores, habíase puesto en camino para su palacio, concitando al paso en su favor al pueblo á quien mostraba las sangrientas llagas que todo su cuerpo cubrían: pero no faltando quien diera inmediatamente aviso á Tarquino de lo que pasaba, el usurpador mandó una tropa de asesinos que alcanzando al Rey le dieron alevosa muerte en lo alto de la via ó calle *Cypria*. Pocos momentos despues de consumado el crimen, un estrepitoso clamoreo en el Foro llama la atención de Tarquino, que acude presuroso á inquirir la causa. No tarda mucho en distinguir la voz de su esposa, y al cabo preséntasele en efecto la hija del asesinado Servio, en un carro triunfal, gritándole:

« ¡Salve, Tarquino, Rey de Roma! »

Horrible fué el efecto que en la multitud produjo el cruel cinismo de aquella desnaturalizada hija, felicitando públicamente al asesino de su padre; tan horrible, que Tarquino mismo echándolo fácilmente de ver, bajó del Capitolio para obtener de ella, no sin trabajo, que á su hogar se retirase y le dejara á él terminar la comenzada obra.

Condescendiendo al cabo Tulia con los deseos de su digno marido, mandó á su auriga que se encaminara directamente al palacio: mas como para hacerlo así le fué preciso pasar por la Via Cypria, al llegar en ella cerca del altar de Diana, donde hay que girar á la derecha para bajar primero á la cuesta Urbia, y subir luego al cerro Esquilino, detuvo súbitamente el cochero los caballos, y pálido y trémulo mostró á su señora el cadáver de Servio que allí abandonado le estorbaba el paso.

¿Detúvose la esposa de Tarquino? — No: la infame parricida arrebatando riendas y látigo de manos del aterrado esclavo, lanzó los caballos á la carrera obligándolos á hollar con planta y ruedas el cadáver del mismo que en mal hora la engendrara, y curándose poco de la sangre que, brotando de las paternas venas por el peso del carro rotas y comprimidas, le salpicó el pecho y hasta el rostro.

De entonces mas, se llamó con razon sobrada aquella calle la *Via Scelerata*, ó de la infamia, y de la impiedad, y del crimen.

Tarquino en tanto se habia del trono apoderado.

Como de él habíamos de tratar, forzoso nos ha sido explicar cómo empezó su reinado, pues solo así puede comprenderse bien porqué tuvo el fin que veremos.

Terrible intróito fué el de Tarquino, cuyo primer acto de soberanía fué negarle hasta los honores de la sepultura á su víctima, pretextando para mayor escarnio que en eso le trataba como á *Rómulo* se habia tratado, esto es, como á un dios, no como á un hombre.

No pudiendo contar con el pueblo, que le abominaba, rodeóse de soldados mercenarios.

Queriendo matar y proscribir á su capricho, instituyóse único juez, hasta sin consejeros, en toda causa capital; y como al proscribir y sentenciar daba la preferencia á las mas altas cabezas, pronto el Senado, merced al verdugo que le cercenaba los miembros, y al Rey que se guardaba muy bien de reemplazarlos, vióse reducido en mas de un tercio en cuanto al número, al silencio y el mas servil temor en el espíritu.

Tarquino entonces, dejando hasta de consultar pro-forma como otras veces, al mudo inútil fantasma que á sus piés se arrastraba, comenzó á gobernar solo desde el fondo de su palacio resolviendo soberanamente de paz y guerra, de tratados y alianzas, de leyes y de vidas. Hubo un momento en que pudiera creerse que no solo el Senado, sino el pueblo mismo habia cesado de existir en Roma.

Apresurémonos, porque nos falta espacio para decirlo todo, á poner en escena á *Sexto*, el menor de los tres hijos de Tarquino, y cuyo nombre tiene una celebridad á la de Eróstrato muy parecida.

Estaba el Rey entonces en guerra con los *Gabios*, ciudad latina; y como sus armas no prosperasen en aquella lucha, propúsole Sexto una estratagemá á que prontamente se prestó Tarquino. — Inmediatamente huye el Príncipe de Roma y refúgiase en Gabio, como de los rigores de su padre huyendo: acógenle generosos los Gabienses, le admiten en sus consejos,

le confían primero algunas tropas con las cuales Sexto vence siempre á los Romanos, que tienen probablemente la órden de dejarse vencer; en fin los confiados Latinos entregan al cauteloso jóven el mando de todo su ejército y con él la autoridad suprema. Llegadas las cosas á tal punto Sexto envía á preguntar á su padre qué es lo que debe hacer, por medio de un mensajero; mas Tarquino en vez de contestar por escrito ó de palabra, toma consigo al nuncio de su hijo, le lleva á un jardín, y allí delante de él, con su propio báculo, abate las mas altas de las cabezas de adormidera que eran de todas las plantas tambien las mas altas.

« Dile á mi hijo lo que has visto: no tengo otra respuesta que darle, » concluyó el Rey despidiendo al mensajero.

Fiel é inteligente intérprete del apólogo tarquinio, Sexto segó tan sin misericordia las cabezas de los mas eminentes Gabienses, como su padre habia con el báculo abatido las de adormideras; y la ciudad de Gabio sucumbió entonces.

Como Roma vivia exclusivamente de la guerra, iba Tarquino á emprenderla contra los Rútulos cuando un presagio le detuvo. ¿ Tarquino temeroso de agüeros? ¿ Porqué no? Un presagio habia predicho el engrandecimiento de su linage: bien podia otro anunciar su ruina.

Fué, pues, el caso, que de una de las columnas en que el palacio estribaba, salió inopinadamente una serpiente, sin embargo de ser el pilar macizo, y con la circunstancia de no haber quedado en él ni rastro del agujero indispensable para que el fatídico reptil de su centro saliera.

Tan grave le pareció el negocio á Tarquino que no satisfecho con el parecer de los Adivinos Etruscos, sus habituales consultores en tales materias, quiso que sus dos hijos mayores Aruns y Tito, fuesen á consultar el oráculo de Delfos, juntamente con su sobrino Lucio Junio Bruto. Porque el primero, el grande, el glorioso tronco del linage de los Brutos, nació hijo de Tarquinia, hermana del Soberbio.

Lucio Junio que desde sus primeros años estaba viendo sucumbir á cuantos en Roma se distinguian por su cuna, su riqueza, ó su elevado espíritu, tuvo ingenio y fuerza de voluntad suficientes para ponerse á cubierto de la ferocidad del tirano, sin embargo de su alto nacimiento, de su caudal y de su alma incomparable. Fingióse, en efecto, el loco, ó para